

NOTAS Y COMENTARIOS

EL MAESTRO SEGUN SANTO TOMAS

1. — *Posiciones antagónicas frente al problema del aprendizaje.*

En la *Cuestión XI* de las *Cuestiones Disputadas*, Santo Tomás trata de resolver en qué consiste la acción docente y el maestro que la imparte.

El primer artículo, el más largo e importante, ofrece la doctrina fundamental sobre el tema.

Con su habitual claridad el Santo Doctor comienza por distinguir tres posiciones sobre el modo cómo una forma puede establecerse en un ser. Y lo hace refiriéndose: a) tanto al plano sensible; b) como al moral y c) científico, en el sentido filosófico de esta palabra, es decir, conocimiento por las causas.

La primera posición sostiene que toda forma, en los tres planos nombrados, proviene del exterior, es decir, que el sujeto las recibe de un modo pasivo.

Así en el orden de las formas o conocimientos sensibles y en los intelectuales, el entendimiento agente separado y único —como lo concibe Averroes y los averroistas latinos de la Edad media como Siger de Brabante— sería lo que produce tales formas en los sentidos y en el entendimiento sin la colaboración o actividad de éstos.

Otro tanto sucede con la virtud. Lejos de ser ella efecto de un ejercicio de la propia actividad libre, encauzada al bien, resulta en la voluntad por una comunicación de un ser superior.

La segunda posición se coloca en el otro extremo. Las formas sensibles, la ciencia con sus ideas y principios y la virtud preexisten formalmente en el sujeto. El agente exterior sólo ayuda a su manifestación.

Así el agente material externo limpia el exterior que encubre las formas, ya preexistente en el sujeto.

Otro tanto sucede con las ideas y principios, formalmente preexistentes en el alma, y que los agentes exteriores sólo los despiertan de su sueño y hacen que el alma los evoque y recuerde (Platón).

No de otro modo el alma está en posesión de la virtud, y el agente exterior solamente la ayuda a prorrumpir en acto.

2. — *La verdadera posición frente a la adquisición de las formas de los tres órdenes mencionados.*

Lo cierto es, dice Santo Tomás siguiendo a Aristóteles, que ambas posiciones extremas y opuestas mencionadas son falsas: la primera peca por *defecto*, y la segunda por *exceso*. La verdad está entre ambas.

En cuanto a la infusión de la forma, se hace por una causa eficiente exterior, bien que con el concurso de la causa intrínseca de la materia.

El conocimiento, tanto sensitivo como intelectual, se realiza por la actividad inmanente de ambas facultades con la ayuda de los objetos exteriores. Estos causan la *objetividad* —en el plano sensitivo e intelectual— y provocan una actividad cognoscitiva inmanente que realiza propiamente el conocimiento respectivo.

No de otro modo, la voluntad está en posesión de gérmenes de virtud, la cual, con la repetición de los actos determinados desde los objetos formales exteriores, llega a crear los hábitos y virtudes, que la inclinan de un modo permanente al bien honesto o específicamente humano y, en definitiva, a su Fin último trascendente divino.

3.— *Potencia activa completa e incompleta.*

Para esclarecer el tema central de la cuestión: el maestro y la docencia, distingue el Santo Doctor entre la potencia activa completa e incompleta. La primera es la que está dotada por la naturaleza para desarrollar por sí misma su propio acto o perfección. Así la naturaleza posee por sí misma las fuerzas para lograr la salud.

En cambio, un ser puramente material no está equipado para lograr por sí sólo una forma que no tiene. El aire, por ejemplo, para tomar un color u otro, necesita de un agente exterior que se lo confiera.

En el primer caso, el agente exterior, el médico en el ejemplo aludido, ayuda o colabora con la naturaleza, sólo para que ella más fácil y eficazmente realice el acto de curar, para el que está capacitada.

En cambio, en el segundo caso, el ente en cuestión es incapaz de lograr la forma que no posee y debe *recibirla* de la causa eficiente exterior, sin negar su colaboración propia de causa material.

4.— *Ubicación de la acción docente del maestro.*

A la luz de estos principios enunciados, Santo Tomás va a precisar y definir la acción docente o del maestro.

El educando es un hombre, que está dotado por Dios, a través de la naturaleza, de facultades activas completas, que por sí mismo pueden lograr su propio desarrollo o *educación*.

Así en el plano intelectual cada persona está capacitada para adquirir con el propio esfuerzo de la inteligencia la verdad; los conceptos y principios, con que poder desarrollarla y lograr así *las ciencias*, es decir, los conocimientos deducidos desde sus principios o causas.

La intervención del maestro es análoga a la del médico en el caso de la salud. El maestro, en posesión de la ciencia: de los conceptos y principios y de sus conclusiones, puede ayudar al discípulo presentándole esta ciencia organizada para que él la de-vele con su propio esfuerzo, con más facilidad y con menos peligros de equivocarse. Como el médico, que no causa la salud sino que ayuda a la naturaleza para lograrla, tampoco el maestro transmite la ciencia, sino que ayuda al discípulo a descubrirla, a alcanzar por sí mismo la verdad y su organización científica.

El verdadero autor y causante del conocimiento científico es el discípulo. La función del maestro se limita a una incitación a la inteligencia del alumno, para que éste, por su propia actividad, de una manera más fácil y segura, al-

cance la posesión de la verdad y las conclusiones extraídas de los primeros conceptos y principios de la misma.

He aquí cómo el Aquinate resume su pensamiento acerca del maestro o de la enseñanza: "Así como se dice que el médico causa la salud en el enfermo, obrando la naturaleza del mismo, así también se dice que un hombre (el maestro) causa la ciencia en otro (el discípulo), por la operación de la razón natural de éste; y *esto es enseñar*. Por eso se dice que un hombre enseña a otro y es su maestro". (q. XI, a. 1).

5.—*El maestro es siempre distinto del discípulo.*

En el caso de que una persona llegue por su propio esfuerzo a adquirir la ciencia, no se dice que sea maestro de sí mismo. En tal caso, no ha necesitado maestro y nada más. La razón es la siguiente: el hombre que realiza ese acto, pasa por sí mismo, sin ayuda de otro, de su nesciencia a la ciencia.

En cambio, maestro es quien posee los conceptos primeros y las conclusiones, sacadas de los mismos o, en otros términos, es quien está en posesión del acto de la ciencia; razón por la cual puede ayudar a otro, al discípulo, a que por sí mismo llegue a posesionarse de la misma.

Cuando enseña, el maestro no pierde sus conocimientos. La docencia no es una comunicación material de algo, de que el agente se despoja para darlo al paciente; es una comunicación espiritual, que el discípulo recibe, no como una cosa material, sino activamente para reproducirla por sí mismo en su propia inteligencia.

En concusión, el maestro o la docencia son siempre distintos del discípulo y, por eso mismo, se crean entre aquél y éste los lazos más íntimos.

6.—*La docencia del ángel al hombre.*

En el tercer artículo de la *Cuestión XI*, Santo Tomás se detiene a estudiar si el ángel es capaz de enseñar. La solución del problema es relativamente fácil. El ángel puede enseñar más que el hombre pero menos que Dios.

El Santo Doctor, sin mencionarlo, echa mano de su gran principio de que *agere sequitur esse, el obrar sigue al ser*. Y siendo el ser del ángel espíritu puro finito, superior al hombre e inferior a Dios, también su obrar puramente espiritual será superior al del hombre e inferior al del Creador.

En primer lugar, el ángel puede asumir un cuerpo —el caso de Rafael en la narración de Tobías— y en ese caso, puede producir en el hombre un conocimiento semejante al que logra el hombre con sus objetos materiales.

Pero obrando como ser espiritual, el ángel no puede infundir la luz intelectual en el hombre, como lo hace Dios; pero puede confortarlo para una mejor comprensión de su objeto; porque todo lo imperfecto puede ser confortado por lo más perfecto, y ésta es la situación del hombre frente al ángel.

En cuanto a los primeros principios, Dios infunde en el alma los hábitos de los primeros principios, o sea, la virtud intelectual con que descubrir a aquéllos inmediatamente; y de los cuales el hombre, con su razón, deduce las conclusiones. Entre los dos, el ángel puede transmitir su conocimiento al hombre, formando algunas especies —determinaciones objetivas— en su imaginación, desde las cuales se determine desde la inteligencia aquel conocimiento. Este conocimiento es superior a los alcanzados por el hombre mediante los objetos naturales.

7. — *La docencia es actividad contemplativa y a la vez y principalmente activa.*

El Doctor Angélico termina este breve tratado del *Maestro*, poniendo la cuestión de si el enseñar pertenece a la actividad o vida contemplativa o a la activa.

La *materia* de la vida activa se refiere a las cosas temporales; en cambio, la *materia* o temática de la vida contemplativa está constituida por la *verdad* como objeto o término de la inteligencia: la *verdad por la verdad misma*.

El *fin* de la vida contemplativa es la aprehensión de la Verdad increada, que se logra imperfectamente en esta vida terrena y perfectamente en la vida eterna.

El *fin* de la vida activa es la actividad ejercida para ayudar al prójimo cristianamente: es la caridad con los demás.

A la luz de estas premisas, Santo Tomás resuelve el problema del siguiente modo:

En la *materia* de la docencia, concurre, por una parte, *lo que se enseña*, la *ciencia* que se enseña y, por otra, *el arte de enseñar, para quien se enseña*.

En el primer aspecto la docencia pertenece a la vida contemplativa; pero en el segundo a la vida activa.

Pero si atendemos a su *fin*: la transmisión de la ciencia al discípulo, la docencia pertenece evidentemente a la vida activa.

De todo lo cual concluye el Santo Doctor que, aunque posea un aspecto de vida contemplativa —por tratarse de la transmisión de la *ciencia*— atendido el *fin*, que es la *transmisión* de la misma al discípulo, *la docencia* pertenece y se constituye como parte de la vida activa. Y como tal pertenece a la vida terrena.

8. — *Conclusión.*

De ahí la grandeza del maestro y de la actividad docente. Porque, aun siendo una actividad ordenada a la cultura o perfeccionamiento humano del discípulo y, como tal, actividad terrena y temporal, sin embargo, la comunicación de la ciencia y, con ella, de todos los ulteriores conocimientos morales y religiosos, prepara al hombre a una vida de acrecentamiento humano en el tiempo, como una preparación, ordenada en definitiva, a la consecución de la Verdad infinita, por la contemplación plenamente lograda en la eternidad.